
ELENA MARTÍN VIVALDI

Unos labios dicen

[A N T O L O G Í A]



Selección, edición y prólogo de ANDREA VILLARRUBIA

Ilustraciones de M^a TERESA MARTÍN VIVALDI



Universidad de Granada

GRANADA 2007

ELEGÍA A CELIA VIÑAS

YO nunca oí tu voz.

Nunca, Celia, escuché tu cálida pregunta, clara ventana abierta
/al río de mi asombro.

Y ahora que ya no estás –¿pero estás muerta?–
yo quisiera decirte, hablarte de esas cosas
que pasan un día y otro en nuestra vida;
esas cosas que nos rompen y empujan,
y unas veces nos dejan toda el alma bañada de tristeza,
pero que más la limpian con su lluvia para que sea un espejo
/de la dicha
cuando nueva y reciente nos llega la mañana.

Tú sabrás escucharme y comprenderme
y sonreirás un poco de mis penas, y me dirás:
“Pero si estás con vida”.
Ay, perdóname, Celia; tú no sabes
cómo duele la vida, cómo a veces
el verso se nos quiebra en un tibio sollozo partido en dos mitades;
y queremos hablar y están los labios
mudos, sellados por el frío beso de las horas inútiles y ausentes.
Yo sé que es egoísmo quererte hablar de mí, cuando la gente dice
/que te has muerto.

Pero eso no es verdad.
Nosotros te escuchamos. ¿Cómo ibas a morirte sin decirnos
ese tu último adiós, hondo de despedidas?
¿Cómo el mar –tuyo el mar– pudo dejarte pálida,
sin que nos avisara con la voz de sus playas?
Y el viento y los trigales y la lluvia y la estrella.

El mar era tu amigo,
te habría dado sus velas y sus remos,
inquietas gaviotas escribiendo telegramas azules por los campos del cielo.

El viento era tu amante, te dejaría sus alas,
agitando banderas de tus versos más íntimos,
y se enredaría el trigo, laurel sobre tu frente;
la lluvia se tejería en fanal para tu cuerpo,
transparente tu voz, como dormida;
y la estrella, su camino abriría de luz para tu planta,
peregrina hacia el hijo de tu amor y tu carne.

No: lo dicen las palabras. Son vanas las palabras.
Nadie puede entenderlas;
nadie, ningún poeta puede cantar tu nombre
pensándolo tan sólo en el recuerdo,
ni creer, ya hecho mármol, tu caminar alegre y entregado,
buscando y descubriendo auroras y horizontes;
ni imaginar tus ojos, ciegos de mar y luz reverdecida.
Tus ojos que veían a las cosas nacer con el impulso
/de la creación primera.

Niños siempre tus ojos para rimar las cosas, difíciles al tacto
/del ensueño,
viva antorcha tus ojos
de tantas manos hacia ti tendidas.

No puede ser verdad.
Nosotros te negamos a la muerte.
Estarás con nosotros mientras tiemble
un verso entre las manos de un poeta.



Elegía a Celia Viñas

La poesía de Elena Martín Vivaldi, tan rica en matices, gira en torno a unos ejes sobradamente conocidos y nunca sobradamente estudiados: la soledad, cumplida en su serena trayectoria humana, y la apoteosis del amarillo como fondo de la escena en la que se van desarrollando sus “desvelos”, su presentido “desenlace”, su “esperanza”, su “desengaño”, su “tiempo”, en suma, palabras todas que aparecen en los títulos de sus libros y temas que, sin duda, abordarán otros comentaristas en esta antología.

De ahí que haya preferido adentrarme, en estas breves líneas, por un camino menos transitado: el de la insólita identificación de la autora con su obra; hasta el punto de que cualquier referencia biográfica, rasgo característico, actitud vital, cualidad, virtud, etc. son aplicables indistinta y simultáneamente a Elena Martín Vivaldi y a su poesía.

Al tener que referirme a un solo poema, he optado por uno perteneciente al primero de los dos libros que José G. Ladrón de Guevara y yo le publicamos en la colección “Veleta al Sur” allá por el año 1958: *Cumplida soledad*. Se trata de un poema en el que, desde el privilegio de su amistad diaria, la vimos liberarse de las ligaduras impuestas por una disciplina clásica, tan necesaria siempre en los comienzos y cuyo ejercicio nunca llegaría a abandonar del todo, y dejarse llevar por los vientos del verso libre, largo y tendido, a la manera de Vicente Aleixandre. En cualquiera de ambas formas llegaría a alcanzar un notable dominio.

Dicho poema es la “Elegía a Celia Viñas”. Además de alargarse en el verso hasta crear una atmósfera densa y envolvente, consigue crear con él esa intimidad, tan patentemente desvelada en toda su poesía, que, en este caso, al ser proyectada en un imposible interlocutor, alcanza altas cotas de emoción y patetismo: “Yo sé que es egoísmo quererte hablar de mí, cuando la gente dice que te has muerto”.

Ajeno a cualquier tipo de retórica o artificio, el lenguaje es llano y coloquial: “...yo quisiera decirte, hablarte de esas cosas que pasan un día y otro en nuestra vida”.

Tampoco quiero dejar de subrayar que, a pesar, o mejor dicho, por encima de su sencillez, existen momentos de tensión que resuelve en imágenes no exentas de un sutil romanticismo: “...están los labios / mudos, sellados por el frío beso de las horas inútiles”.

Como en toda elegía, el canto de las virtudes del ausente se mezcla, interfiere punzantemente en el dolor: “El mar era tu amigo / ... / El viento era tu amante / ... / tu caminar alegre y entregado, buscando y descubriendo auroras y horizontes...”

Sería sumamente interesante un estudio comparativo de este poema con otro de los más celebrados de su obra, de esta misma época, el titulado “Cuando se anuncia la primavera”, que comienza “Hoy es de los días / en que yo escribiría una larga carta, / y también daría un largo paseo”.

¿Sería ella consciente de esta total identificación de sus versos con su permanente actitud de entrega, con su naturalidad, con su elegancia, con la honda y transparente humanidad de su persona? De alguna manera, pienso que sí, pues ella misma los elegía en charlas y lecturas y fueron muchas las ocasiones en las que tuve la dicha de escuchar estos poemas de sus propios labios.

RAFAEL GUILLÉN

RAFAEL GUILLÉN (Granada, 1933). Poeta, narrador y ensayista. Adscrito por numerosos críticos a la Generación del 50. Premio Nacional de Literatura 1994 y Premio de la Crítica de Andalucía 2003, entre otros. Entre sus libros destacan *Antes de la esperanza* (1956), *Los vientos* (1970), *Límites* (1971), *Mis amados odres viejos* (1987), *Los estados transparentes* (1988), *Las edades del frío* (2002).